

EL DRAMA DE LA ECONOMIA ARGENTINA *

GABRIEL TORTELLA
Universidad de Alcalá de Henares
y Centro Ortega y Gasset

¿Quién recuerda hoy que en el un día famoso libro sobre *Las etapas del crecimiento económico* (1960) Walt W. Rostow caracterizaba a Argentina, Turquía y México como países cuyo despegue estaba teniendo lugar en las décadas de 1940 y 1950? Sean muchos o pocos los que recuerden tan peregrina y aventurada afirmación, lo que es indudable es que el caso de Argentina ha sido utilizado frecuentemente como evidencia parcial de la frivolidad con que Rostow había montado su famosa «teoría» del crecimiento económico. El caso de Argentina, sin embargo, es tan extraordinario que uno se sentiría inclinado a disculpar a Rostow del desliz cometido si no fuera que los casos de Turquía y México hacen sospechar que, cuando se trataba de detectar un «despegue» en vivo, Rostow, el inventor de tan traído y llevado concepto, no daba una en el clavo. De tres casos que adujo no salió ni uno sólo.

Pero no es el libro de Rostow el que se trata de comentar aquí, sino uno mucho más reciente, el de Tim Duncan y John Fogarty, titulado *Australia and Argentina: on parallel paths*. La historia comparada está en boga en el hemisferio sur. Es suficiente dar una simple ojeada a la bibliografía de Duncan-Fogarty para advertir que este libro tiene un nutrido número de predecesores y que la comparación entre economías australes, y en especial entre las de los dos países en cuestión, ha atraído la atención de un gran número de especialistas. El libro de Duncan y Fogarty es el resultado de largos años de intercambio y de colaboración entre los autores, ambos provenientes de la Universidad de Melbourne, y el Instituto Torcuato Di Tella, de Buenos Aires, en particular uno de sus más distinguidos historiadores, Ezequiel Gallo, quizá el más destacado de los proponentes argentinos de la historia comparada y de la comparación en concreto de las historias económicas de estos dos países.

Aunque más tarde, para bien de Australia, las sendas paralelas se bifurcan, no hay duda de que las coincidencias son muy grandes. Se trata en ambos

* Quiero agradecer al Instituto Torcuato Di Tella y al doctor Roberto Cortés Conde el haberme brindado la ocasión de estudiar *in situ* algunas de las cuestiones aquí tratadas. Los errores, los prejuicios y las exageraciones son todos míos.

casos de vastos países australes, con una muy dispersa población aborigen, que han sido objeto de colonización por metrópolis europeas muy alejadas: en los Imperios español y británico, Argentina y Australia, por su lejanía y por su leve peso demográfico, desempeñaban papeles muy secundarios. En ambos casos, el tremendo potencial de recursos que encerraban los extensos territorios semidesiertos tenía que desarrollarse en relación con los mercados internacionales, lo cual en el siglo XIX equivale a decir las economías europeas. Estas debían contribuir al desarrollo con un influjo de emigrantes que fueran la mano de obra que produjese y comercializase los recursos, con un influjo de capital que mejorase la productividad de la mano de obra y con una demanda que justificase la empresa de explotación de tales recursos. Ninguna de estas contribuciones se dio hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, con los descubrimientos de oro en Australia y, más tarde, con la exportación de productos ganaderos, inicialmente lanas y cueros, más tarde carne, de ambos países.

No voy a resumir aquí el interesante libro de Duncan y Fogarty, pero sí quiero dar una idea de su interés relacionándolo principalmente con algunos problemas que no me son totalmente desconocidos de la historia económica argentina, y que pueden tener especial interés para el lector español. Organizado cronológicamente, el Duncan-Fogarty muestra que los paralelos geográficos produjeron, hasta la Gran Depresión del siglo XX, procesos económicos bastante parecidos, *mutatis mutandis*, pese a que las culturas políticas y los componentes étnicos de ambos países sean disímiles. En los dos casos se produjo un fuerte crecimiento económico con arreglo a pautas generales que podríamos calificar breve y aproximadamente como ajustadas a la bien conocida *staple theory* de Harold Innis: la exportación de unas pocas materias primas (*staples*) constituye el elemento más dinámico de unas economías abundantes en recursos naturales y escasas en capital y trabajo. Lo que quizá pueda sorprender a alguno es que el modelo de Innis haya funcionado con más eficacia en el caso de Argentina que en el de Australia. Según nuestros autores, «de 1880 a 1939, la economía argentina tuvo una actuación general mejor que la australiana» (Duncan y Fogarty, p. 25; traduzco). En pocas palabras, la renta por habitante argentina aumentó a mayor ritmo que la australiana durante ese período, al tiempo que la población argentina crecía mucho más rápidamente que la australiana. En resumidas cuentas, el medio siglo que va desde 1880 a 1930 fue la época dorada de la economía argentina. El sistema que se basaba en la exportación de productos agrícolas funcionó a la perfección. ¿Qué ocurrió después?

Después vino la Gran Depresión, que fue, como es bien sabido, un golpe durísimo para los exportadores de materias primas, categoría en la que entran

de lleno Argentina y Australia. Durante aproximadamente dos decenios ambos países se esforzaron por aminorar la dependencia de sus economías con respecto al comercio internacional, siguiendo políticas, por otra parte, muy generalmente practicadas: elevación de barreras arancelarias y de tipo de cambio para evitar o minimizar las importaciones, subvenciones y ayudas a la industria para sustituir a esas importaciones no deseadas y para dar empleo a los trabajadores redundantes en los sectores exportadores en franca recesión. Al tiempo que estas prácticas se difundían, fue desarrollándose en muchos de los países que habían sido exportadores de materias primas una teoría, auspiciada más tarde por ciertas agencias de las Naciones Unidas, según la cual las economías exportadoras de productos primarios estaban destinadas a llevar la peor parte en el comercio internacional debido a una supuesta ley inexorable por la que las relaciones de intercambio de esos países empeorarían sin remedio. ¿Es casual que esta teoría esté íntimamente asociada al nombre de un economista argentino, el recientemente desaparecido Raúl Prebisch? Si es casual, el hecho es también innegablemente simbólico, porque Argentina es, sin duda, el país que más en serio se tomó esta pseudoteoría.

Con arreglo a tal interpretación, lo ocurrido durante los años treinta era la tendencia del futuro, y las medidas defensivas practicadas esos años se convertían, haciendo de la necesidad virtud, en la expresión canónica de la mejor política económica. Añádase a esta doctrina una fuerte dosis de nacionalismo exacerbado de corte fascista con música mussoliniana, letra franquista y retórica demagógico-tercermundista y se tendrá la receta infalible para el desastre, que es lo que fue la política económica del general Juan Domingo Perón.

Argentina tuvo la enorme desgracia de que al general Perón le acompañara la fortuna. En los años en que el fundador del movimiento «justicialista» sentaba las bases de su política económica, la Segunda Guerra Mundial había hecho cambiar las tornas de la Gran Depresión y provocado fuertes auges en las actividades comerciales de los países exportadores de materias primas. Las pingües reservas acumuladas por la Argentina durante la guerra y la postguerra permitieron financiar la política megalómana y descabellada del peronismo. Esta política consistía, brevemente, en estimular el desarrollo de la industria a costa de la agricultura («matando a la gallina de los huevos de oro», llaman a esto Duncan y Fogarty), y su principal instrumento era el arancelario. La protección aduanera reservaba el mercado nacional a la industria autóctona; y un arancel a la exportación (por anacrónico que parezca, el llamado «impuesto de retención» no era sino eso: un arancel a la exportación) allegaba fondos para el Tesoro a expensas de los exportadores, es decir, los agricultores. Una simplista ideología antioligárquica, donde pagaban más justos que pecadores, legitimaba la exhumación de una institución medieval,

o todo lo más mercantilista. Las consecuencias de este paquete de medidas *contra natura* fueron las previsibles: inflación, maldistribución de los recursos, descapitalización de la agricultura, déficit de balanza de pagos, agotamiento de las reservas de divisas y, finalmente, inicio de una política de austeridad. Debido, sin embargo, a las óptimas condiciones económicas y políticas en el momento en que Perón asumió el poder omnímodo, este proceso cíclico, que en circunstancias normales se hubiera concluido en menos de un lustro, en la Argentina de entonces duró un decenio. Las grandes reservas de divisas, pese a la política de despilfarro (de la que el famoso «protocolo Franco-Perón», por el que la Argentina de Perón nos vendió trigo y la España de Franco no lo pagó, constituye una pequeña muestra), tardaron varios años en agotarse. Y, para que la desgracia de Argentina fuese completa, Perón fue derrocado por un golpe militar antes de que el fracaso de su gestión económica hubiera quedado de manifiesto a los ojos de la mayoría del pueblo.

Así, la situación política argentina tras la «revolución libertadora» de 1955 quedó enredada en una tupida maraña de paradojas. La imagen de Perón, que fue, de hecho, un dictador militar con amplios ribetes fascistas, quedó grabada en la memoria colectiva como la de un héroe progresista y democrático. La delirante política peronista, raíz de uno de los más estrepitosos fracasos económicos del siglo xx, fue recordada por los trabajadores como la fórmula mágica que trajo consigo la edad de oro. Y en el reverso de la medalla, quienes derrocaron a la dictadura en nombre de la «revolución libertadora» pasaron a ser conocidos popularmente como los «gorilas»; y las políticas económicas estabilizadoras y realistas encaminadas a enderezar los entuertos que el peronismo había legado fueron unánimemente consideradas como las causantes del desaguizado.

La precipitación irreflexiva de los enemigos de Perón prestigió a éste y colocó a Argentina en un callejón sin salida. La recuperación económica sólo podría producirse reconvirtiendo la economía en la dirección que marcan sus ventajas naturales. El caso de Australia muestra que la exportación de productos agrícolas podía seguir siendo la base de al menos una razonable prosperidad en la segunda mitad del siglo xx. Pero la realidad sociológica creada por el propio peronismo impedía esa reconversión. En efecto, durante los años del peronismo la Argentina urbana —especialmente Buenos Aires— había crecido espectacularmente y había logrado un nivel de vida más que aceptable gracias a esas reservas de divisas y a la mejora de las relaciones de intercambio ciudad-campo: el *bife* y la *pizza* son proverbialmente baratos en Buenos Aires. La racionalización de la economía argentina exige, entre otras cosas, una recuperación de los precios relativos agrícolas, una subida en términos reales de ese *bife* y esa *pizza* tan estimados por los porteños. Ahora

bien, si el poder político de Buenos Aires ha sido siempre muy considerable, con la política del peronismo tal poder aumentó gracias, en parte, al tremendo desarrollo de los sindicatos. De ahí otra paradoja más de la reciente historia argentina: la política «liberal» ha tenido que imponerse por la violencia del Estado. En esas condiciones su fracaso era inevitable.

Las grandes fuerzas sociales y políticas argentinas, los trabajadores industriales, las clases medias urbanas, se oponían radicalmente al saneamiento económico: preferían la inflación galopante, el déficit presupuestario y el de la balanza de pagos a la recuperación del equilibrio y la estabilidad; lo manifestaban una y otra vez en las urnas. Y cuando la vía democrática se les cerraba recurrían a medios desesperados: la resistencia, la huelga, la guerrilla urbana, el terror. Y esto, a su vez, dio lugar a una de las represiones más bestiales —y hoy mejor conocidas— de nuestro tiempo. Era, realmente, un callejón sin salida.

Un militar inteligente, Alejandro Lanusse, encontró la solución en 1973: convocó elecciones, que inevitablemente ganaron los peronistas, y les dio acceso al poder. Parece evidente que Lanusse, poco sospechoso de parcialidad, puesto que sufrió encarcelamiento durante el primer peronismo, se dio cuenta de que la única solución al *impasse* argentino era dar el poder a Perón para que la gestión del viejo caudillo desengañase al pueblo. Así ocurrió, especialmente cuando, tras la muerte de Perón, su esposa y vicepresidenta le reemplazó, presidiendo uno de los caos más completos de la historia argentina. Pero un nuevo golpe militar en 1976 volvió a salvar lo que quedaba del prestigio peronista. La historia se repetía tras un confuso intervalo de 21 años. Marx, comparando a Napoleón III con Napoleón I, escribió que la historia se repite, la primera vez como tragedia y la segunda como comedia. Los dos derrocamientos militares del peronismo hacen pensar en una inversión del *bon mot* marxiano. En Argentina, que no en vano pertenece a otro hemisferio, la comedia precede a la tragedia. Sea como fuere, el segundo golpe antiperonista fue infinitamente más cruento y trágico que el primero. El régimen que se inició con Jorge Rafael Videla y terminó con Leopoldo Fortunato Galtieri (lo de Bignone fue una «dictablanda»), común e inexpresivamente designado en Argentina como «el proceso», desató una represión de un volumen y de una crueldad sin precedentes en el país. Confiemos en que también sin consecuentes.

La resultante económica de esta feroz lucha social y del mantenimiento a largo plazo de los lineamientos básicos de la política económica peronista fue un espectacular estancamiento. Ninguno de los países que, según Rostow, estaban «despegando» a mediados del siglo xx lo estaban haciendo en realidad. Pero mientras México y Turquía al menos crecían visiblemente entre

1950 y 1982, Argentina se las arregló para aislarse del mayor *boom* internacional de la Historia. Mientras el resto del mundo crecía, la Argentina semi-autárquica permanecía estacionaria. Baste dar algunos indicadores: la renta por habitante argentina era en 1950 cerca del doble de la española; en 1982 no pasaba del 42 por 100. Pero el atraso no fue sólo con respecto a España: la renta por habitante argentina cayó durante este período comparada con la de todos los demás países aquí mencionados: México, Turquía, Australia, y también con respecto a la de USA.

Carlos Díaz-Alejandro mostró muy convincentemente cómo ese truncamiento del desarrollo económico argentino tuvo su origen en el primer peronismo. Metafóricamente pudiéramos decir que fue entonces cuando la economía argentina descarriló, y la propia inercia le ha impedido volver al buen camino. Como muestran Duncan y Fogarty, Australia también estuvo tentada en aquel entonces por «la canción de sirena de la industrialización», pero logró en buena parte orillar el peligro. No es raro, por tanto, que en la contracubierta del libro los autores resuman así sus principales planteamientos: «La triste historia de la Argentina de postguerra es un oportuno recordatorio de que las naciones ricas, mal administradas, pueden empobrecerse gradualmente. ¿Podría un desastre como el de Argentina ocurrir en Australia? [...]. Si Australia continúa subordinando los intereses de sus industrias dinámicas a los sectores políticamente más influyentes, como ha hecho Argentina [...], Australia tendrá un futuro argentino.»

Lo peor es que el caso argentino indica que, una vez emprendida la vía autárquica, la vuelta atrás es, por razones de dinámica social, muy difícil y muy peligrosa. El recordatorio no deben tenerlo presente solamente los australianos. Los españoles también sabemos algo de todo eso. Y lo mismo puede decirse de muchas naciones en vías de desarrollo. Pero los primeros que deben aplicarse el recordatorio son los propios argentinos. En Historia nunca es tarde.

Parafraseando a George Santayana, que decía que los que no saben Historia están condenados a repetirla, podríamos decir que los que no saben economía y se meten a aprendices de brujo pagarán muy caro ese aprendizaje, y se lo harán pagar más caro aún a sus conciudadanos.

BIBLIOGRAFIA

- DÍAZ-ALEJANDRO, C. F. (1970): *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, New Haven, Conn.: Yale University Press.
- DINGLE, A. E., y MERRETT, D. T. (1985): *Argentina and Australia: Essays in comparative economic development*, Economic History Society of Australia and New Zealand, Occasional Papers No. 1.
- DUNCAN, T., y FOGARTY, J. (1984): *Australia and Argentina, on parallel paths*, Melbourne: Melbourne University Press.
- FOGARTY, J.; GALLO, E., y DIÉGUEZ, H. (eds.) (1979): *Argentina y Australia*, Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.
- FOGARTY, J. (1985): «The Role of the Export Sector in Industrialisation: The Australian and Argentine Experience compared», en Dingle y Merrett (1985).
- GALLO, E. (1979): «El método comparativo en historia: Argentina y Australia (1850-1914)», en Fogarty, Gallo y Diéguez (1979).
- INNIS, H. A. (1930): *The Fur Trade in Canada*, New Haven, Conn.: Yale University Press.
- ROSTOW, W. W. (1960): *The Stages of Economic Growth. A Non-Communist Manifesto*, Cambridge: At the University Press.
- SCHEDVIN, C. B. (1985): «Argentina and Australia: Responses to Instability and Industrialisation, 1930-1960», en Dingle y Merrett (1985).